

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 10 de Noviembre de 1898

Núm. 416

LA DIVA JOSEFINA HUGUET.



Genial y hermosa. En los principales teatros europeos es conocidísima, y el público la recibe siempre con aplauso. En la campaña artística que hizo últimamente en Novedades, ha demostrado nuestra ilustre paisana, que tiene bien merecido el nombre de « La Estrella Ibérica » con que la distinguen en el Cáucaso.

El salto de la garrocha.

También garlocha.

Pero garlocha ó garrocha, tanto da, que no pretendo picar toros con la vara larga, de que habla el diccionario.

Varas nos dan y no cortas, aunque temo que faltarían brazos forzudos para sostenerlas, y más aún para jugarlas sobre los muchos espinazos, que es preciso enderezar.

Tan pobres de sangre andan ya los organismos, y tan faltos de tesón los ánimos, cosa que se explica perfectamente, porque este verano último, fueron muy fuertes los calores y porque los médicos, recetaron tisanas á media humanidad.

Los glóbulos, se han quedado como el vino en manos de vinatero, que más propiamente debería llamarse aguador.

Además, han crecido de una manera prodigiosa el número de los estetas, y después de las últimas lluvias, bien contados resultan muchos

más que las coles.

* * *

Ahora vamos con la garrocha, que es lo oportuno, y ayúdome del léxico, in-

gotable manantial de recursos discretos, para los espíritus de buen humor.

Le da á la Academia por lo etimológico, y dice antes de definir, ó lo que vale tanto, antes de meterse en harina (aunque aseguran plu-

mas sabiondas, que la insigne corporación muele muy mal en ocasiones el trigo), dice, repito: *Garrocha* — del celt. *gar*, punzante.

Hay en lo transcrito materia larga para filosofar. De los célticos no quiero decir palabra, porque en esta coyuntura traeríamos recuerdos lúgubres. Del *gar*, ya es otra cosa, y de lo que resulta punzante también. *Gar*, es la primera sílaba del vocablo gárgara, y por lo que ha punzado la sangre de algún tiempo acá, nos convienen á los españoles gárgaras... muchas gárgaras. También lo es de *garlopa*, cepillo largo con que refinan los carpinteros la superficie de la madera, y que va pareciendo instrumento útil para nosotros, por el mucho alcoraque que nos regaló madre Naturaleza, en estas postrimerias tristes del siglo. ¿Y qué diremos de *garrama*, que figuradamente es robo, pillaje, hurto... cuando en esa materia tal nos han puesto, que ya no hay en nuestra capa ni en nuestra bolsa, deshecho posible? Pero en seguida saltaríamos al paso la voz *garrara*, que siendo el pie del ave con uñas corvas, fuertes y agudas, por capricho del habla familiar, interpretase asimismo como mano del hombre. ¿No se ve claro la misteriosa analogía que existe entre la formación del lenguaje, la influencia de la luna, y los sucesos que nos vienen amargando el hígado? Por ser *garra* lo que es, hemos dado en la *garrama* desde épocas remotas, y por gracia de las uñas corvas, fuertes y agudas, se ha nublado en la historia cuando menos la mitad del sol. Conste que no hablo de la edad presente, sinó de la que corresponde al año *trece* de este mal llamado siglo de las luces.

Es verdad que para eso del *gar*, hay otra palabra moliente y batiente, que ojalá empleáramos á todo ruedo: ¡Garrote!

Lástima es señores, que tan acostumbrados estamos á que nos *puncen*, que ya... Pues ya ¡como no nos apliquen la garrocha!

Digo la garrocha, cogiéndome al diccionario, naturalmente; esto es, si no á la harina, al trigo que muele, bien ó mal, la Academia.

«Vara, dice la tal, que en la extremidad tiene un hierro pequeño con un arponcillo, para que agarre y no se desprenda.»

Eso; que agarre y no se desprenda, porque hasta ahora hierro no ha faltado, ni arponcillo tampoco; y francamente, se conoce que la piel es dura.

Si no se desprendiera, lograríamos sentir la *punzadura*, ó sea, volviendo al lenguaje figurado, hacer sentir algo que hiera fuertemente el ánimo.

Pero para eso... ¿qué brazo potente, podría dar el salto de la garrocha?

J. F. Luján.

Las primeras ráfagas

Paris, Octubre de 1898.

Ya ha llegado el otoño, la estación triste y melancólica por excelencia. ¡Qué transformación! No más días templados; no más lozanía en los campos; no más aire tibio, cargado de perfumes; no más espléndidas puestas de sol. Ya pasó todo eso, al menos por este año, y Dios sabe cuantos, de los que han sentido en sus huesos la mordedura de las primeras brisas heladas de este traidor octubre, ¡cuántos llegarán á ver la primavera próxima! Ya viene el frío, la lluvia, la nieve, los días nublados, el fango en las calles, el invierno con todos sus horrores.

Hace dos semanas que un suceso imprevisto me obligó á suspender los paseos á bicicleta que solía dar por las tardes en el *Bois de Boulogne*. Ayer tarde, sin embargo, libre ya de aquel asunto, se me ocurrió volver allá, para ver si conseguía distraer mi aburrimiento y mi melancolía. Era una tarde sumamente desagradable; el cielo, brumoso, estaba cubierto de enormes nubes de color de pizarra que se perseguían y atropellaban impelidas por un viento muy vivo y muy frío, que me azotaba el rostro. En las encrucijadas y en los ángulos de las casas, multitud de hojas secas, revueltas en el polvo con papeles viejos y basura, giraban vertiginosamente, haciendo fantásticos remolinos.

Al pasar frente á una de las últimas casas de *l'Avenue du Bois de Boulogne*, distinguí tras los cristales de una de las ventanas bajas un rostro macilento, cadavérico, en el que se descubrían unos ojos hundidos y rodeados de grandes círculos oscuros, animados apenas por el amortiguado brillo de la fiebre. Del resto del cuerpo, que desaparecía envuelto entre los pliegues de un enorme gabán y

dos ó tres mantas, sobresalían solamente las manos, apoyadas en los brazos del sillón en que descansaba el enfermo, con esa pesadez y esa inercia peculiar de los que están heridos de muerte. Pero ¡qué manos! Huesudas, descarnadísimas, con la opaca palidez de la cera; la izquierda se crispaba febrilmente sobre el brazo del sillón, mientras que la derecha sujetaba entre sus afilados dedos un pañuelo sobre cuya blancura resaltaban algunas manchas de sangre.

De pie junto á la butaca se hallaba una mujer, una viejecita — su madre sin duda. Tenía fija su mirada en el enfermo, y su rostro reflejaba una expresión tal de angustia, y había en él tanto amor maternal y tan dolorosa desesperación, que á pesar mío sentí humedecerse mis ojos, y esta vez no por causa del helado viento...

Cuando penetré en el *Bois* quedéme asombrado. Su aspecto había cambiado tan radicalmente en dos semanas, que apenas reconocí sus *avenidas*. Lo que antes era aristocrático paseo, por las tardes atestado de carruajes de todas clases, bicicletas, automóviles, paseantes á caballo y á pie, ahora se parecía en lo solitario á un cementerio. No se veía un alma. El suelo estaba cubierto de fango, causado por la lluvia de la mañana, que por falta de sol no había podido secarse; los árboles comenzaban á desprenderse de sus hojas, y las que aun permanecían en las ramas estaban todas casi secas. Los cafés y *chalets* cerrados; las sillas plegadas y amontonadas. No se oía más ruido que el que de vez en cuando producía una ráfaga al pasar silbando por entre las ramas de los árboles, que se estremecían á su impulso y dejaban caer unas cuantas gotas de agua.

Al llegar á *l'Avenue de Longchamps* hice alto, eché pie á tierra y apoyando la máquina contra un árbol, me senté en un banco. Poco rato hacía que estaba allí, entregado á los nada alegres pensamientos que siempre me producen los días nublados, cuando eché de ver que en el banco de enfrente, al otro lado de la *avenida*, estaban sentados dos jóvenes, novios al parecer. Ella contaría unos veinte años todo lo más. Vestía modestamente, pero con gusto sencillo y elegante. Era rubia, blanca y tenía grandes ojos azules. El presentaba el tipo de un estudiante de medicina ó de derecho, ó el de empleado de sueldo reducido. Podría tener unos veinticinco años, era robusto, guapo, y debía ser de buena estatura. Ambos estaban muy embebidos en su conversación y parecían disputar, ó por mejor decir, él parecía estar muy incomodado y dirigirla reproches, que ella recibía con paciente humildad y contestaba como tratando de apaciguarle, indudablemente sin conseguirlo. Mi curiosidad se excitó, y desde mi banco estuve observando á la vecina pareja por largo rato, cuando de pronto vi al joven levantarse con brusco ademán, y alejarse precipitadamente, sin ocuparse más de su compañera, que quedó sentada en el banco siguiéndole con la vista tristemente.

En aquel momento los árboles del bosque se estremecieron al impulso de una violenta ráfaga de aire; una porción de hojas secas se desprendieron de las ramas y revolotearon un momento en el espacio, cayendo después á tierra con leve rumor.

Dos gruesas lágrimas, ardientes y saladas, brillaron un momento en los ojos de la joven, y desprendiéndose luego, rodaron lentamente por sus pálidas mejillas. ¡Pobre muchacha! También para ella había llegado el otoño; también la ráfaga del desengaño arrebató las primeras hojas secas del árbol de sus ilusiones.



La lluvia es más amiga del hombre que de la mujer.

JOAQUÍN F. MORENO



Imbécil

Allá por mayo de 18... — cuando digo mayo puede que me equivoque: quizás estábamos ya en junio — llamaron una mañana á mi puerta. Mi criada fué á abrir y vino luego á anunciarme que en mi gabinete quedaba es-

perándome un caballero.

—¿No ha dicho su nombre?

—No, señor; es la primera vez que le veo.

—Está bien; dile que voy al momento.

Concluí de vestirme; entréme en mi despacho y me encontré con un hombre de mediana edad, decentemente vestido, de aspecto modesto y tímido: de una timidez que le salía por decirlo así, por los ojos humildes y tristonos, que se transparentaba en su rostro insignificante y feito; en toda su facha sencilla y adocenada. Saludóme con una gran reverencia, obedeció á mi gesto que le indicaba un asiento, apoyó su cuarto trasero en el borde de un sillón y pronunció con voz mansa:

—Dispéñseme usted si vengo á molestarle, sin tener el honor de conocerle; pero verá usted... hay circunstancias que á uno le obligan á... Vuelvo á pedir á usted que me perdone, pero verá usted... En fin, yo soy César Augusto Vaca.

—¡Cómo!—exclamé involuntariamente pegando un brinco sobre mi asiento, — usted es...

—El marido de Merceditas, sí, señor; para lo que guste usted mandar.

Por un momento permanecía estupefacto. He de advertir que por aquellos tiempos andaba yo inmensamente enamorado de una deliciosa morena, á quien habíame propuesto con toda solemnidad y decidido empeño hacer faltar á sus deberes conyugales. Durante tres meses largos la picara se había resistido... y continuaba resistiéndose; pero la defensa flojeaba de tal modo que veía ya pró-

ximo, inminente el día — ó la noche — de la inspirada victoria. Todos los síntomas anunciaban que la sugestiva hembra disponíase á caer de un instante á otro en mis brazos.

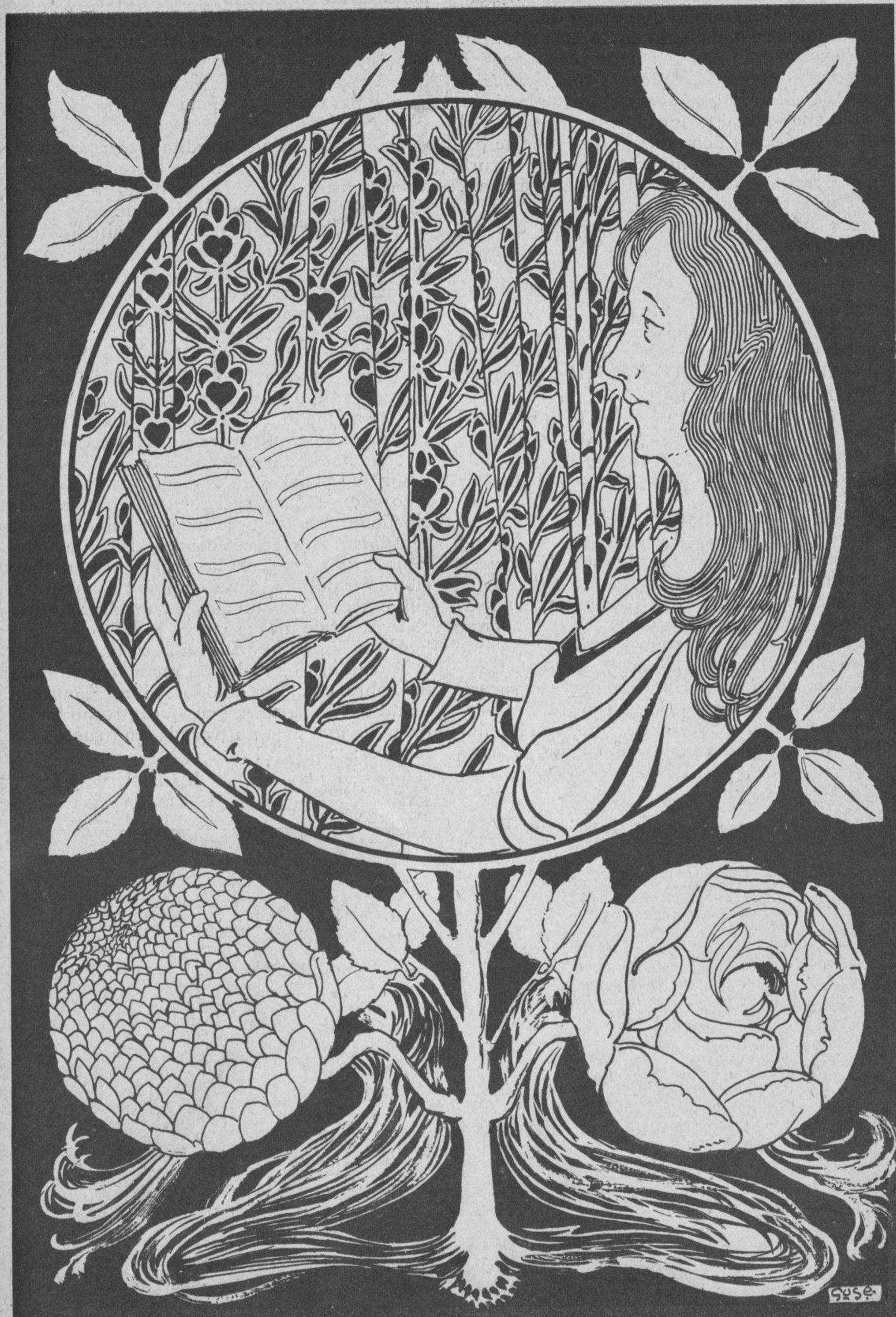
La hermosa Merceditas tenía un marido, su marido á quien hasta entonces no conocía; un marido comisionista, siempre ausente, que sólo de tarde en tarde reaparecía durante una semana ó dos por el hogar conyugal para emprender en seguida el vuelo. Habíamelo pintado ella como un pobre diablo, inofensivo bonachón, honradísimo, preocupado únicamente del trabajo, ansioso de conquistar una pequeña posición que les permitiera al cabo de algunos años retirarse del negocio y vivir modestamente con el fruto de sus economías. Sabía, además, que estaba próximo á regresar, tras un largo viaje por Andalucía, las Castillas y las provincias del Norte.

No dejó de asombrarme en alto grado la inesperada visita del bueno de don César Augusto y no supe, por de pronto, que actitud tomar; no me era posible sospechar que su mujer le hubiese enterado de mi asiduidad, y tampoco podía lógicamente recelar, que apenas llegado le hubiera algún oficioso mediador, puesto al corriente de lo que se tramaba contra su honor marital. ¡Pero quién sabe! pensé luego; quien sabe si alguna carta, algún anónimo le ha enterado de algo y viene el hombre á...

¿Pero á que puede venir ese buen hombre que tiene todas las trazas de un infeliz y cuyo exterior responde tan admirablemente al retrato moral que de él me ha hecho más de una vez su seductora consorte?... Lo que es con fines provocativos y pependencias me parece que... En fin, veamos con que embajada se descuelga.

—Señor de Vaca — dije con la más exquisita amabilidad — celebro muchísimo conocer á usted; crea usted que deseaba en el alma tener esta ocasión. Y usted me dirá en que puedo tener el gusto de servirle.

—Sí, señor; se lo diré y ruégole que no vea en mis palabras nada ofensivo, nada in-



Los guarismos del modernismo.

discreto: ¡oh! nó; crea usted que nó... Sentiría en el alma que lo que tengo que decir á usted pudiese molestarle en lo más mínimo. Pero como opino que en ciertas cuestiones se impone la mayor franqueza (*con creciente timidez*), como siempre he creído que la sinceridad y la lealtad y... el honor, sí, señor, el honor, exigen y demandan que... que se hable sin rebozo y sin hipocresía, estoy seguro que usted no llevará á mal que le diga que... que todo eso no me gusta nada.

—¿Todo eso?... ¿y qué es ese todo eso, señor de Vaca?

—Pues...

Quedóseme un segundo mirándome con sus ojos saltones, algo tontos y añadió:

—Quiero decir que le agradecería á usted mucho, muchísimo el que renunciara usted á ser el amante de mi esposa. ¡Hágalo usted por mí!...

—¿Pero, señor, quién le ha dicho á usted que?... exclamé cuando repuesto de la profunda estupefacción y de las ganas de soltar la risa que tales palabras me causaban, acerté á contestar.

—Lo sé todo... todo... todito... — repuso con voz entre lastimera y risueña. — Sé que todavía no hay nada... definitivo; pero sé también que la pobre está como quien dice, al caer. La mujer es débil, caballero y no sabe resistir á sus pasiones. Usted ha inspirado á Merceditas un afecto muy vivo; mucho, pero aun no ha dado el mal paso final. Pues bien; no se lo haga usted dar... ¿Qué sacará usted al fin y al cabo con hacer faltar á sus deberes á una pobre mujer que vivía feliz, tranquila, y que tarde ó temprano se arre-

pentiría de su debilidad?... (*sin emoción comunicativa*). ¿Valen algunos minutos de placer la pena de una existencia amargada por la culpa?... Me parece que nó. Vaya... sea usted generoso... renuncie usted á esa empresa que para usted no tiene otra importancia que la de un simple y pasajero capricho. Renuncie usted á mi Merceditas (*casi llorando*) y le quedará eternamente agradecido este pobre marido que no tiene otras armas que sus súplicas y que se moriría de pesar si su mujer se convirtiese en mujer adúltera... ¿Me promete usted hacerlo así y dejar en completa tranquilidad á mi Mercedes? (*cogiéndome las manos*) ¡ya lo ve usted! yo no soy un marido que amenaza y que ruje; soy un pobre esposo que suplica y llora...

¡Qué había de hacer! Turbado y conmovido di mi palabra. No volví á acercarme á Mercedes. Me contenté con escribirle una carta exponiéndole los motivos de mi retirada; diciéndole que la hidalguía me obligaba á renunciar á mis más ardientes deseos, á un amor que llenaba mi corazón y mi vida. No creo que se haya escrito una epístola más elocuente, más impregnada de caballerescos sentimientos. Una vez echada al correo, arrojé un suspiro, mezcla de pesar y de satisfacción; mentalmente me comparé á aquel Escipión de romana memoria y me dije: tu proceder es el de un verdadero hidalgo.

Al día siguiente recibí una carta, que abrí con temblorosos dedos al reconocer la letra del sobre: era letra de Merceditas. Contenía una hoja de papel, en cuyo centro no había más que una palabra trazada en gruesos caracteres: ¡IMBÉCIL!

JUAN BUSCON



— Todo consiste en levantar la pierna y cuando está así, en saber dominarla para que el movimiento resulte elegante y sugestivo.



Cleo de Merode.

En medio del Uruguay existe una isleta de no más de doscientos metros de largo por un tercio de ancho.

El río, inmenso, se abre en dos, dejándola dulcemente en sus brazos, y el agua clara, transparente, lame las orillas, produciendo un ruido leve de corriente mansa.

Esa isleta se halla ahora abandonada; sólo, de cuando en cuando, los cazadores, ó los leñadores, con más frecuencia aún, arriban á ella, atracando sus botes en una pequeña ensenada del lado Sud, y allí hacen sus almuerzos y duermen sus siestas con la mayor tranquilidad, en paz completa, á la sombra de unos cuantos sauces verdes y flexibles.

Sin embargo, las gentes que habitan aquellos parajes recuerdan todavía que hace muchos años, allá *por los tiempos de las guerras civiles*, vivió en la isleta un hombre de gran fama, á quien llamaban Carmelo.

De cómo llegó Carmelo á habitar en ella, es muy fácil saberlo. En una ocasión, perseguido por varios soldados enemigos, lo *cortaron* hacia la costa, creyendo rendirlo de ese modo; pero Carmelo se tiró al río, y con su caballo y sus armas arribó á la isleta. La partida dió vuelta, suponiéndole ahogado, y desde ese día el paisano comenzó á vivir tranquilamente en ella.

Carmelo era muy valiente; su fama de *gaucho probado* había recorrido de un extremo al otro, todo el departamento.

Pero ese valor de raza, tradicional en su familia, había costado mucha sangre: el padre había caído en la guerra y sus dos hermanos cayeron también, combatiendo en filas opuestas, en los campos de batalla. El mismo se había visto obligado á abandonar su rancho y su trabajo el día de la contienda; y desde entonces, las luchas y las penurias y las fatigas sin descanso habían agobiado el espíritu de aquella estirpe de valientes, destinada á morir, de padres á hijos, con las armas en la mano. Y así, cuando Carmelo se vió solo en su isleta, alejado de la revolución, en paz, rodeado por el Uruguay enorme y tranquilo, se sintió feliz, jurando y perjurando que nunca más pisaría su tierra, aquella en que se despedazaban hermanos contra hermanos.

Durante esa época fué cuando la isleta se vió más concurrida: los pequeños barcos que subían y bajaban por el río, solían detenerse allí, y sus tripulantes pasaban las ardientes horas del sol bajo los sauces, en compañía de Carmelo. A la despedida, le dejaban yerba y tabaco.

Por otra parte, se hicieron muy frecuentes las visitas de paisanos amigos que iban á llevarle noticia de la terminación de la guerra, invitándole á volver *al pago*, para ver de cerca las maravillas que la industria agrícola difundía por toda la campaña.

Pero Carmelo nunca los quiso oír, nada lo seducía; estaba muy bien en la isleta, vivía muy feliz cazando y pescando, y por otra parte, había jurado no volver más á su tierra... Así pasaron cuatro años.

Principiaba el verano del año 18..., uno de esos veranos ardientes, implacables, en que el Uruguay hierve bajo los rayos del sol; y la isla había quedado desierta otra vez.

Sólo Carmelo seguía habitando en ella, haciendo una vida melancólica y triste, llena de nostalgias, pero siempre firme en su propósito de no volver á su *pago*.

Su naturaleza vigorosa de antes se había resentido mucho. Día tras día, se veía devorado por la fiebre: una fiebre lenta, maligna, que le acometía todas las tardes.

A la mañana siguiente, estaba otra vez sereno y alegre; pero llegaba la hora de ponerse el sol, cuando su tierra aparecía como una faja oscura envuelta en la bruma, y la fiebre volvía de nuevo con más violencia que la víspera.

En más de una ocasión, ya brillaban las estrellas en el cielo y las lucitas rojas se movían de un lado para el otro en la costa, y Carmelo estaba todavía de pie, poseído de una especie de *miedo místico*, con los ojos clavados en el horizonte, creyendo descubrir en él algo misterioso.

En los primeros días de Diciembre, hacía seis meses que nadie pisaba la isla. Carmelo empezó á sentirse realmente muy mal. La fiebre subía siempre, y con la fiebre había venido el delirio; un delirio furioso que lo aniquilaba lentamente, robándole sus fuerzas.

Una noche se hallaba, como de costumbre, acostado sobre sus viejas jergas, cuando de pronto le pareció sentir una descarga del lado de la costa.

Carmelo se incorporó de un salto y salió fuera.

La noche era muy clara: todo estaba tranquilo como siempre; pero allá, del lado del horizonte, se veía el resplandor rojo de un incendio.

El paisano miró fijamente hacia este lado y dijo sin vacilar:—«Es en los pajonales;»—y quedó quieto, callado, con los ojos fijos en el fuego, que, como una víbora, se extendía más y más por los campos. Luego, añadió:—«Ahora está en las parvas del finado Bentos,»—y dijo enseguida:—«Ahora, ha pasado al rancho del pulpero.»—Y así, á medida que el fuego iba avanzando, Carmelo decía:—«Ahora, en los trigos; ahora, en los galpones de F...»—Pero de repente la cara del gaucho se puso lívida, su corazón empezó á latir con más violencia, y dijo lentamente, apretando los dientes:—«Ahora, está en el rancho de mi madre... todo el caserío. ¡Puch!, quién será el desalmao que lo incendió!»—Y allí se



En eso de la ilusión dicen los pintores, que influye mucho la perspectiva.

quedó inmóvil, atontado por una nube de recuerdos formidables, recuerdos de lucha y de sangre que le crispaban los nervios y le ponían fuera de sí...

El incendio duró toda la noche. A la mañana siguiente, cuando hubo salido el sol, las descargas volvieron á sentirse, una, dos, tres veces, al mismo tiempo que un humito blanco se elevaba suavemente del lado de la costa. La guerra civil había estallado de nuevo.

Carmelo corrió hacia su viejo caballo, que se comía las últimas matas de la isla; lo abrazó y acarició, diciéndole afectuosamente, como se habla á un íntimo amigo: — «¡Vamos á pelear!»

Una vez ensillado, lo llevó hasta la orilla, le hizo sentir el olor del agua, saltó sobre él rápidamente, con la cara radiante de alegría, febril; le dió un gran espolazo y hombre y caballo se arrojaron al agua para vadear el Uruguay.

Desde ese día la isleta se halla abandonada, porque el paisano no volvió más...

JUAN C. BLANCO ACEBEDO

Consejos

«No olvides, hijo, pues de mí te alejas,
que en esta vida llena de amarguras,
gana mucho el que siendo muy modesto
poco ambiciona.

No abrigues nunca locas esperanzas:
si no quieres jamás desesperarte
olvida tus risueñas ilusiones,
en nada esperes.

Nunca te agites en afán doliente:
el que muchos afanes ha en la vida,
como guerrero al frente de enemigo
siempre combate.

No vayas ciego tras mujer hermosa,
lleno el pecho de amor y de ternura:
sabe que aquél que amó con alma cándida,
mucho ha sufrido »

Así la madre al hijo le decía,
y el hijo lleno de aflicción inmensa:
—¿Por qué — llorando triste se pregunta—
no hice yo caso?

RAFAEL RUIZ LÓPEZ

Cañitas

I

¡Jesús, qué poquito vales!
Ni siquiera te sonrojas
cuando te riñe tu madre ..

II

Eres tú cual la burbuja
que forma la manzanilla,
que estando sola, es muy grande;
pero si hay otras, muy chica...

III

Con flores de una corona
he visto formar un nido.
¡Restos que darán calor...!
¡Mira qué final más lindo . ?

J. ENRIQUE DOTRES



¡Cualquiera se arrima á este marimacho!



ASALTO EN DESPOBLADO

¡Perdida para siempre!

Acabo de entrar en casa: ya no oigo los rumores de la conversación ni los ruidos de la calle; ya no llegan hasta mí los reflejos de luz irradiando de focos distintos; se borra, debilitándose lentamente, la decoración movida. Aquí todo está quieto, silencioso, sombrío; parece que pasa un aire glacial por los objetos y á mí me enfría el alma.

¡Qué triste, Dios! Es que la he dejado á ella allá, con las mil cosas que pasan junto á nosotros, como olas indiferentes de un océano insondable.

¿Y en qué consistirá que al cerrar la puerta me ha parecido que su sombra empujaba queriendo seguirme; y que he sentido la sensación de haberla rechazado brutalmente?

Sí, sí: no hay duda la veo, la veo bien clara con los ojos de la imaginación; veo que se va, que se aleja... que ha de esfumarse muy pronto en la penumbra del olvido.

—
¿Del olvido? No quiero olvidarla, no quiero perderla. ¡La amo, la amo aún!

¡Pero qué estúpidos y qué infames somos los hombres!

—
Ahí está otra vez; y ahora dentro de esta sala; es ella, siento la fragancia que se exhala de su carne hermosa; distingo los luceros que, por permisión divina, fulguran en sus ojos...

—
Extiendo las manos y... otra vez se me escapa, huye, se va...

—
¡Se va! Miradla qué bella; qué gallarda, qué esbeltez hay en su talle airoso; con qué suprema elegancia recoge la falda de su vestido; cuánto aire tiene su paso breve y recortado, y qué distinción de reina comunica á su rostro el velillo blanco.

¡Dios mío, cuando yo la he visto así hace tres horas!

—
Al pronto se me ha helado la sangre en las venas; he creído sentir un desvanecimiento que iba á dar con mi sér en tierra; recuerdo que la gente me miraba como si estuviera borracho, y una pobre señora me ha preguntado amorosamente: — caballero, ¿se siente usted mal?

Entonces ha vueltò ella el rostro y diría que también le ha turbado el verme; sí, la he visto colorearse, teñirse de rubor. A su memoria habían acudido, como á la mía, un número infinito, incontable de recuerdos dulces; toda una vida de amor gozada, apurada neciamente en breves horas.

¡Pero qué guapa, qué reguapa ha vuelto!

—
Aquello duró tres meses: no son muchos para un idilio, pero qué fuerte sabor tenía éste á naturaleza. Luego la abandoné... Yo, yo fui el cobarde. Ella, ¡estoy seguro que no ha podido desterrarme de su corazón!

¡Y después creemos á ojos cerrados á ese diablo de Shakspeare cuando dice que la mujer es pérfida como la onda!

—
La he seguido durante tres horas mortales, y ella siempre delante, siempre huyendo. ¡Pero si serán coquetas! Parecía que le gustaba la persecución.

Por fin he podido hablarle dos palabras: estas:— Cinta, ¿te acuerdas Cinta? Y ha vuelto la cabeza y sonriendo tristemente ha dicho: ¡estoy casada!

Decid filósofos, si lo sabéis ¿cómo es posible que quepa tanta hiel, tanta amargura en el lenguaje humano?

¡Está casada! ¿Y qué importa que esté casada?

—
Parece que oigo su voz... Me llama, es ella ¿no se percibe bien claro el eco de aquel acento mimoso? — ¡Julio!... Su voz otra vez: — Julio, Julio ¿no vienes? — ¿No ha dicho eso? Como antes...

¡Santo Dios, qué torpe! es mi esposa quien llama, y ya no veo ni su figura: la eché, eché su sombra al cerrar la puerta y se ha perdido en la calle entre las mil cosas, que pasan junto á nosotros.

¡Yo también estoy casado!

CLAK





La Saeta

EN LA BOTILLERÍA. — ¡Echal ¡echal! Con esa pausa no temas que se desborde.

La conversión de Gabriela

Al salir del círculo, Perico Garbea y el marqués encendieron dos magníficos cigarrillos y empezaron á andar calle abajo.

El marqués dijo:

—¿Sabe usted quién está de vuelta en Madrid? Gabriela.

—¿La horizontal que tan misteriosamente desapareció en la primavera pasada?

—La misma.

—Vaya, ya tenemos un elemento más para nuestras alegres reuniones.

¡Ah! Bien la recuerdo: tan bonita, tan elegante; luciendo su precioso cuerpecito en todos los sitios donde la gente se divierte: en el paseo, en las carreras, en el palco de los toros y en el del Real, en los estrenos y en los bailes de máscara.

—Nó; usted perdone, no es esa.

—¡Cómo! ¿Pues no decía usted...?

—Si; me he explicado mal. Gabriela, si, es la misma; ha vuelto tan bonita, con los mismos encantos que nos seducían; pero... hay que distinguir en eso de las diversiones. La mujer resulta otra.

—¿Renuncia á divertirse?

—Así parece. Desde su regreso á Madrid se ha instalado en un hotel de segundo orden y nadie puede asegurar haberla visto en ninguno de los sitios que usted indicó antes.

—¡Ah, ya! Está *monopolizada*, vamos; ha descubierto, cual Margarita Gautier, un Armando.

—Nó; es una historia más seria. Yo la sé por un amigo mío, y que á la vez lo es de ella.

—¿Amigo también?

—Sí, pero nada más; amigo desinteresado. Verá usted la historia. Recordará, querido Perico, que el año pasado y en la época de Carnaval, según aseguraba todo el mundo (y con razón, como usted sabe) Gabriela tenía compromiso formal; es decir, la formalidad de estos compromisos, con aquel segundo ó tercer secretario de la embajada francesa que tan simpático nos era y del cual no tuvimos inconveniente en ser consocios, á pesar de su cualidad de extranjero.

—Si, recuerdo todo eso perfectamente; pero no creí que Gabriela llegara á amar al diplomático de tal modo, que tuviéramos este final.

—Sin embargo, á él se debe el caso de

esta nueva Magdalena. Parece ser, y sigo informándole á usted con las referencias de mi amigo...

—¡Ah, claro! Adelante.

—Parece ser, repito, que el muchacho en cuestión había dejado allá, en su país, á su madre y á su hermana. El, jóven y rico, había entrado en la carrera diplomática por gusto, por *sport* pudiera decirse; había creído que, agregado á una embajada y cubierto con

la protección de un embajador, le sería más fácil hallarse dentro de la buena sociedad de cualquier corte extranjera y entablar de una vez todas las relaciones que de otro modo, solo y desconocido, le fuera difícil.

—Y en verdad que lo logró, porque era muy simpático, como usted ha dicho antes.

—La vida que aquí en Madrid llevaba, usted bien la conoce.

—Si, era *galante*, era un perfecto vividor.

—Eso es; sostenía relaciones con Gabriela, porque tener una querida de aquellas condiciones era, ó por mejor decir, es indispensable para tomar carta de buen tono. Con ella asistía á los sitios donde no hay desdoro en hacer pública ostentación de esas relaciones ilegítimas, y todavía recordará usted el año pasado, cuando el baile del teatro Real, que su palco dió la nota más animada y alegre de toda la noche. Pues bien; la alegría bulliosa de su carácter desapareció el verano pasado, en ocasión de hallarse los amantes en San Sebastián, donde él cayó gravemente enfermo.

—Justo, allí los vi... ya no recordaba.

—En la quinta que habían alquilado ocurrió la tragedia. Su familia veraneaba en Biarritz, y apresuráronse á trasponer la frontera tan pronto supieron lo que á nuestro diplomático acaecía; pero, en el camino, alguien las advirtió que con el enfermo habitaba una de las más conocidas cortesanas, y la madre tuvo que reprimir la natural inclinación de correr al lado del hijo. Apeöse, con la hermana de éste, en una fonda.

—Natural, natural.

—Si; su austeridad, su buen nombre no podían permitirle entrar en aquella casa que seguía habitando Gabriela.





La Saeta

POESÍA DE LA NATURALEZA. — Las ninfas del lago.

—Debió hacerse comprender á ésta lo incorrecto de su conducta y obligársela á salir de allí, saneando convenientemente aquello para que pudiera entrar una madre.

—Si, si; vaya usted con esas reflexiones á esas muchachas. Echóse á reír de lo que ella llamaba *tonterías de vieja*, y dijo que allí seguiría, puesto que en su casa se hallaba, bastándose y sobrándose para cuidar al enfermo.

—De manera que...

—De manera que una noche en que el enfermo pasaba angustiosa crisis, en medio del delirio y como si todas sus fuerzas y todo su pensamiento estuviera en una sola palabra, pronunció la de *¡madre!* Y ¡ay, amigo mío! sensación y muy grande debió producir aquel anhelo en el ánimo de Gabriela, porque ésta, que con tanta tenacidad habíase opuesto á salir y abandonar á su amigo, corrió á la fonda, y echándose á los pies de la respetable señora, le pidió perdón y la notificó que le dejaba libre el campo; porque mire usted, querido Perico, nosotros lo ignorábamos, pero Gabriela tiene un hijo educándose con los frailes y le parecía en aquel momento que algún día habría de ser reclamada por el hijo de sus entrañas, y otra mujer (tan pecadora y miserable como ella) le impediría acercarse á él. Vea usted como en aquel momento, obrando de este modo y abriendo amplio camino para que una madre pudiera llegar hasta su hijo, creía ella abrirse paso para el caso en que se viera en las mismas circunstancias. Y de ahí data su conversión. La madre volvió á Francia; Gabriela ha dejado al diplomático y renuncia á su vida de alegrías y locuras. Ahora la tiene usted hecha una burguesa completamente, deseando que se olvide su pasado, pues ya hasta eso le atormenta, pensando en su hijo.

—Vea usted donde está á veces, y tan oculto, el sentimiento de esas muchachas.

—Crea usted; el camino del corazón en una cortesana es muy difícil de hallar, hasta para un amante; pero muy fácil para un hijo, aunque éste sea engendrado en el devaneo y criado en el torbellino de los placeres.

El marqués calló y dió dos ó tres chupadas á su cigarro.

MIGUEL ARDAM



—¿No han dicho los poetas que la mujer es mariposa sin alas? Prueben á cazarla.



LA INGENUIDAD. — ¿Y tú que quieres ser?
— Yo... marido.



REFLEXION DE UNA PEREZOSA. — ¿ En qué consistirá que cuesta más trabajo vestirse que desnudarse ?

Poesía en prosa

Segundo.

A LA SRTA. L. C. DE G.

El amor es inagotable como la tierra, dijo Cumis el ilustre persa. Hay pensamientos como ese que sumen á las almas en vaga meditación.

Sí, razona bien el filósofo: nosotros envejecemos, pero el amor no envejece nunca: el amor no muere, porque, pese á nuestra ínfima condición humana, le es dado renacer, ora le combata la más triste miseria, ora le muerda el dolor más profundo.

Y es porque las formas del amor son infinitas, varias, múltiples; porque la muerte es una negación, y por tanto, donde no hay amor imposible que haya vida.

¿Pensaba yo antes así? Quizás nó. Las tristezas de una existencia desengañada; los errores en que precipita á las almas un mundo engañoso, habíanme cegado, si no las fuentes del sentimiento (que en mi espíritu era cosa imposible) las de la reflexión.

Però esas fuentes han vuelto á abrirse y á manar, herido en las fibras más sensibles por el espectáculo, por la visión dulce, en que se destaca aquella figura simpática, señora, á que da relieve el augustó papel de madre.

Lo aseguro: yo me represento el cuadro como iluminado por luz de los cielos, clara, vivísima. Ella, la madre, resumen de bondades y delicadezas, cobijando amorosamente en el manto de su inagotable ternura á los hijos adorados, la doncella fragante, tierna como rosa, y el mancebo viril. Y estos dos seres, en suma, reflejando por una educación sugestiva, alta, la principalía de las almas grandes, formadas, puede decirse, por misteriosa concesión de la Providencia, á hechura suya.

No hay como ver á los hijos, despiertos, propicios al amor respetuoso, para adivinar el sabio influjo del espíritu que ha sabido inspirarles sus virtudes todas.

No había yo sospechado tan eximia misión en la grandeza maternal; y cuando descubrí ese tesoro, representándome la imagen plácida del hogar así bendecido por todos los dones, comprendí que hasta el hombre más indiferente se tuviera por feliz en manifestar sumisión honrosa, llegando hasta el sacrificio, si era necesario, para acatar los más insignificantes ruegos y aun para tenerlos por mandatos, tratándose de dama tan distinguida, tan fina...

Por eso he asegurado que aquella melancolía dulce, del alma que tiene los ojos vueltos á los sueños de *allá*, lejos, de fuera, atrae; y por eso he dicho que yo, sintiendo la nostalgia de lo infinito, créome ligado por el más puro y noble afecto, á tan digna representación moral de la *casa*, símbolo y resumen para el poeta de todos los sentimientos de la tierra, trasunto de lo sublime, de lo ideal...

¡Ah, si yo tuviera fuerzas para desterrar aquella sombra negra de la pesadumbre! No sé, no sé si las tengo, pero sí sé que me sobra corazón. Y como el corazón es grande, tiene fe en sus mismos veneros de terneza y cree firmemente en que aun es posible que brille una nueva aurora de felicidad.

No hay más que abrir bien todas las ventanas del sér á las brisas del campo, al beso del sol tibio de otoño, es decir, á todas las expansiones amorosas.

Porque como ha dicho muy bien el persa el amor es inagotable...

V. INGRESA

¿Qué opinan ustedes del desarme?



¡Opino que *pa* eso tendremos que beber *toos* horchata de chufas



El cabo no me ha *hablao* de eso.



Grande idea, digna del *Czar*.



Disparate. Los *Césares* degeneran.



¡Que si *mus* desarman... vamos á hacer una *facha*!



¡A mí no me desarma... *naide*!



No hay un argumento más sencillo y más diplomático...



¡Si llega el desarme, adiós *medicina*!



¡Pues yo opino que con el desarme... ser imposible dar *sablazos* de dos pesetas!

J. Xandau



AVISO IMPORTANTE

Las tapas correspondientes á los tomos de LA SAETA, forman una cubierta elegantísima.

Advertimos á todos los coleccionistas, que resulta así un libro hermoso que puede figurar, no sólo en las bibliotecas, sino sobre las mesillas de las salas.

Las tapas, para las cuales hemos hecho grabar unas planchas expresamente, están tiradas en negro y oro. El dibujo alegórico es de gusto inmejorable.

Los corresponsales y suscriptores pueden adquirirlas, acompañando al pedido los precios siguientes: Barcelona, 2 ptas. 50 cts. Provincias, 3 ptas.

Se hallan de venta en la Administración de este periódico.

Conservo muy guardadas
flores marchitas
recuerdos de promesas
jamás cumplidas.
Mis ilusiones,
se murieron ya todas
como las flores...

MORENO.

Un borracho busca su casa.
Naturalmente, la empresa es difícil; como si dijéramos obra de romanos. Aquí le parece que toda la manzana se le viene encima; allá que el farol es una estrella caída en el arroyo, y que por no haber cesado en su movimiento está á punto de aplastarle.

Por fin los amigos logran conducirlo hasta el piso en que habita.

El borracho entonces pone la cabeza en el suelo y procura echar los pies al aire.

—¿Qué haces? — le dicen.

—Se ha equivocado — responde — la escalera y es necesario que restablezcamos el equilibrio.

¿Dices que ya no me quieres
porque te casas con otro?
—Le compadezco chiquilla
pagaré los vidrios rotos.,,

El hombre ha perdido en última instancia su derecho.

Antes era débil. Ahora cobarde.

(UNA SEÑORITA).

—¿Cuántas vueltas tiene una peseta? — me preguntó el otro día un insigne matemático.

—Las que usted quiera darle.

—Tres, y una fracción. En mi juventud cuatro, pero ahora que aun los caleteros viven al céntimo, no hay consumidor que no necesite los decimales.

Anda ve y dile á tu madre,
pues tanto el querer estima,
que *pa* que yo me conforme
te ha de dar baños de pila.

Un barbero de un pueblo inmediato á Madrid se disponía á afeitar á uno de sus parroquianos un día de eclipse visible, cuando apercibiéndose de repente del fenómeno astronómico, separó la vacía del cuello exclamando con la mayor seriedad del mundo:

—Tenga usted la bondad de aguardarse un poco que voy á ver el eclipse, pues este es un espectáculo que se presenta rara vez en un pueblo de tan corto vecindario como este.

CHARADAS

I

*Prima dos prima dos terciá.
prima segunda á tres dos.*

II

*Prima ayuda mi existencia,
la dos es tiempo de verbo
y el Todo tenemos todos,
en cierta parte del cuerpo.*

LUIS LÓPEZ DE LOME.

Problema aritmético

Colocar las nueve cifras significativas en forma de cuadrado, de tal modo, que horizontal, vertical y diagonalmente, resulte siempre una suma igual á 15.

J. VIDAL FERNÁNDEZ.

Copa de estrellas

- * * * * Animal.
- * * * * Parte del mundo.
- * * * * En todas partes.
- * * * * Artículo indeterminado.
- * * * * Consonante.
- * * * * Adjetivo posesivo.
- * * * * Animal.

Substituir las estrellas por letras, y léase los significados indicados, y juntas y debidamente combinadas, léase un refrán español.

I. TESNOP.



TARJETA

Al Sr. D. Rosendo Celistina.

Formar con las letras de este nombre, el título de una zarzuela popular.

GUILLERMO DOMINGO.



Soluciones á lo insertado en el número anterior.

CHARADAS: Vino. — Chata.

LOGOGRIFO NUMÉRICO: Francisco.

JEROGLÍFICO: Gran becerrada.

TERCIO SILÁBICO: A MA DO
 MA MI LO
 DO LO RES

SUMA DE ESTRELLAS: 1 2 3 4 5
 2 3 4 5 1
 3 4 5 1 2
 4 5 1 2 3
 5 1 2 3 4
 1 0 6 6 6 5

ZOOLOGÍA ELÉCTRICA: OCA
 RENO
 MOSCA
 PECES
 AVES

Correspondencia

A. A. M. — Málaga — La copa y el cuadro, enmendado, bueno; lo otro al cesto.

I. T. — A su debido tiempo, aprovecharé algunos.

Pepito Locura. — ¡Vaya un pseudónimo! — Irá.
 V. T. R. — También lo publicaré.
 Q. C. — Creo como V., que las cosas de este mundo se producen con arreglo á la *desviación magnética*, pero eso no obsta, para que V. sepa escribir sonetos. Por ejemplo, cuando dice:

La lucha del mortal es un imán,
 que sale del profundo
 atraído por la fuerza de Satán.

Temístocles. — ¡Lástima que no haya nacido en Grecia!

T. M. A. — ¿Qué se juega? Bueno, y mucho más si V. en vez de decir responsabilidad, dice *corresponsabilidad*. Para salir del apuro, lo que V. reza, correr, correr, si llega el caso.

Agious. — El pseudónimo es duro, pero más todavía lo son los versos que siguen:

«Pues por medio era, y ved,
 que medio ó no grande cuestión
 era consignar si en su corazón
 había ó no había pared.»

G. M. — Corrija V. la asonancia de los dos tercetos. *Noche.* — Admitido y siga adelante.

Telegrafía. — Está V. á la altura de los hilos telegráficos, es decir, adelanta V. como una tortuga perezosa.

P. C. O. — Para que vea V. que quiero complacerle:

La diva levantó el brazo
 y lleno de perfumes,
 como si destapara un vaso,
 fragancia de querubes
 que dejan el pecho inmune
 cuando en el cielo hay nubes...

y el demonio que le siga á V. por ese laberinto filosófico... Yo temiendo que llueva, me escapo de los vapores de su imaginación.

T. C. V. — A V. le pasa dibujando, lo que á otros escribiendo: que equivoca las líneas. Y claro como no hay arte, su dibujo es inmoral. Les faltan á Vdes. muchas lecciones de... estética.

López. — Muy bien parlado. Excuso decirle que le recibo con palmas. ¡Lástima que no le imite á V. tanto ingenio como echa á perder el tiempo!

O. Q. C. — Conforme.

R. M. T. — No juzgue V. por las apariencias. El mundo es malo, pero... rueda.

P. A. — Nó. — T. S. C. — Nó. — *Kale.* — Nó. — U. Z. — Nó.

Y así sucesivamente. Hay muchas cartas, que se han de examinar.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre




PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
 Año. 11 »
 Extranjero y ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.
 Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado

¡OÍDO A NUESTRO HÉRALDO!



¡Tararí - tararí! — Prepárense ustedes para
el número extraordinario.



20 cénts.

M.E.C.D. 2016

Núm. 417

